dar arrojandolo de su asiento, y aunque algo dolorido del golpe y contusion que recibió, se repone en pie y vuela á socorrer á su amo, semejante al despavorido Teramenes, en pos del infeliz Hipólito, arrastrado tambien de sus caballos enfurecidos con la vista del toro marino, á que lo expuso Neptuno. Los cocheros, enredados tambien con la caída de los caballos, no habiendo recibido lesion, se desprenden de ellos, dexandolos alli caidos para acudir á socorrer á su amo, á quien temian encontrar muerto, ó herido gravemente de la caida, no menos que á Hardyl. Y aunque los encontraron con vida, conmovió sobremanera sus ánimos el ver á los dos teñidos de sangre, que le manaba á Eusebio de la herida que recibió en la cabeza, y que arrojaba Hardyl por la boca de la fuerte contusion que recibió en el pecho.

Asustados los cocheros, no menos que el afligidisimo Taydor que entonces llegaba, al ver aquel espectáculo, los sacan del coche. No podia Hardyl tenerse en pie ni caminar; de modo, que se vió obligado á sostenerse de su amado, é inconsolable Eusebio, que penetrado su corazon del dolor que le causaba el ver tan desalentado á su adorable Hardyl, temiendo perderlo para siempre, sin poder

contener las lágrimas que le arrancaban las mismas reprehensiones cariñosas que Hardyl le daba por la flaqueza y afliccion de ánimo que mostraba por su causa, mientras se encaminaban á una casilla de labradores que habia alli en el campo cerca del camino.

Pero apenas habia andado veinte pasos, quando le sobreviene un nuevo vómito de sangre que acabó con sus fuerzas; y no pudiendo ya caminar por su pie, aunque sostenido de Eusebio y de Taydor, fue necesario que entre los dos formasen asiento de sus brazos cruzados, y que acudiesen los cocheros para acomodarlo en él, teniendose asido Hardyl con sus brazos del cuello de Eusebio y de Taydor, y de este modo llegaron á la casilla del labrador. No habiendo en ella sino un lecho, no quiso Hardyl servirse de él, aunque le instaba la labradora, prefiriendo una media barraca contigua á la casilla, y que servia de pajar, donde lo acomodaron Eusebio y Taydor sobre la paja que allí habia.

Luego que estuvo Hardyl recostado en ella, instó á Eusebio para que remediase su herida de que le iba saliendo mucha sangre. Eusebio, para acallar á Hardyl, dexósela lavar con un poco de vino que le subministró la la-

bradora, mientras ésta iba recogiendo telarañas, que le aplicó á la herida despues de haberlas empapado en el aceyte del candil. Habia despachado antes Eusebio á uno de los cocheros á caballo á S... para que su apoderado le enviase inmediatamente médico y cirujano. El afanado Taydor entendia en hacer derretir un poco de lardo que le habia pedido Hardyl para beberlo, mientras Eusebio, ya curado y asentado junto á él sobre la misma paja, le manifestaba con tiernas lágrimas los temores y poca esperanza que concebia por el estado de su salud deplorable.

Hardyl que conocia el peligro de su mal, y que podia espirar en uno de los vómitos de sangre, quiso descubrir á Eusebio el secreto que hasta entonces le habia tenido oculto, y hacerle la confesion de los diversos sentimientos que concebia su alma á vista de la muerte. Tomandole pues la mano, en acto de la mayor confianza, comenzó á decirle así: somos mortales, Eusebio: la muerte es el término de la vida, que solo no siente perder el que no tiene por que sentirlo. Te hablé tantas veces de esto, desde que la divina providencia te me presentó allá en la América por tan extraño camino, salvandote de las olas, que no es bien empleemos estos ultimos

momentos... ¡O cielos! ó Dios! qué decis, Hardyl! exclamó Eusebio con llanto y sollozos. ¿Ultimos momentos estos? perderos para siempre? perder mi padre, mi consolador?.. ¿Pues qué, le dice Hardyl, quieres apocar hijo mio, con esos pueriles transportes la resignacion de ánimo que debes á las disposiciones del cielo? no te queda allí padre y consolador, en vez de este insecto que nació para acabar?

Eusebio sollozaba sin consuelo. Hardyl proseguia diciendole con pausa y con fatigado aliento: desiste, pues, amado Eusebio, de esos lloros, y dexame acabar de decir, si puedo, lo que hasta ahora has ignorado acerca de mi condicion y nombre, y lo que mas importa de mis sentimientos. Yo bendigo, hijo mio, y adoro con la mas viva gratitud la poderosa mano del Criador, que parece te llevó al nuevo mundo para que pusiese el colmo á la felicidad, á que aspiré en este suelo por medio del estudio y exercicio de la virtud en que procuré tambien educarte. ¡Qué gran consuelo no prueba mi alma al pensar que viví, y que muero en los brazos de mi sobrino Eusebio! á quien... Hardyl, Hardyl, ¡cielos qué oigo! ¿yo sobrino vuestro? vos sois mi tio? = Si, querido Eusebio; soy español

como vos, y vuestra madre era hermana mia. = ¿Mas cómo? ¡ó cielos! ¿cómo pudisteis encubriros por tanto tiempo, y negarme el consuelo sumo que ahora me dais, mezclado con el acerbo dolor de veros en tal estado? Si os llamais Hardyl, ¿cómo es que mi madre se llamaba Vall...?

= Nada, hijo mio, contribuye todo eso para que quedes enterado de la verdad que te descubro. Otra mas tremenda verdad es la que importa, y conviene que te manifieste por todos títulos, y principalmente para sosegar mi conciencia, en que, á pesar de todas las máxîmas de la filosofía, triunfa la Religion con toda su terrible magestad. ¡Ah! no es posible, Eusebio, no es posible al corazon humano, aunque el mas pervertido, resistir á la fuerza omnipotente con que combate al alma en estos ultimos momentos de la vida. Dichoso yo, que á lo menos la preparé con el estudio de la virtud, para rendirla con el mas sumiso y vivo respeto, convencida y penetrada de la luz divina, que ahora la alumbra con todo su inefable esplendor. Ella me obliga al mismo tiempo á detestar las erradas máxîmas que alimenté en mi pecho por tantos años, y que me induxeron á escoger la Pensilvania por asilo seguro de la libertad

de la conciencia que deseaba en mi error, para conformarme con la virtud natural, creyendo hallar en ella una vida y muerte dichosa.

Mas ahora conozco mi engaño, Eusebio; éste fue el fatal efecto de algunas dudas, que excitaron en mi la flaqueza y presuncion de mis sentimientos, y que no tuve aliento para sufocar en sus principios como debia, porque me cobró la vanidad para fiar antes de mis ciegas luces que en las de la divina sabiduria, que exîgia de mi creencia un ciego respeto, y rendida veneracion á los mysterios de la Fé. Pude, es verdad, hijo mio, acallar los remordimientos y escrupulos de mi interior con el tiempo; pero ahora, á vista de la eternidad que me espera, y que se me presenta toda su incomprensible extension, truenan en mi pecho las verdades divinas, y sus rayos penetran mis entrañas, forzandome á que reconozca mi errada conducta y á que la deteste.

No sé, hijo mio, si llegaste á penetrar lo que procuré ocultarte con suma reserva y con escrupulosa severidad. = No, mi adorable Hardyl, nada ví en vos, nada oí que no fuese santo y respetable para mí. = Pero esto no basta para mi presente satisfaccion;

pues aunque nada hayas advertido contrario á nuestra santa y divina Religion, pudieron tal vez algunas de mis máxîmas, sin advertirlo yo, engendrar en tu ánimo la indiferencia culpable, á que insensiblemente me acostumbraron mis mismas dudas sobre la Fé, y especialmente el aprecio tal vez sobrado que manifesté á la doctrina de los antiguos Filósofos, y que pudo acarrearte la educacion que te dí á tenor de sus morales consejos.

¡ Ah Eusebio! ¿ qué cosa hay en todos ellos, aunque estimables, que no nos enseñe con superior luz el sol de justicia, y divina sabiduria en su santisimo evangelio? Ellos lucharon inciertos entre las tinieblas de sus mentes, anduvieron como perdidos caminantes entre las sombras de la humana ignorancia tras la luz de la virtud que se les mostraba escasamente y á lo lejos entre las nubes de la supersticion. Nuestro divino Salvador Jesu-Christo viene á la tierra en el exceso de su infinita bondad, rompe el velo de los ojos de los mortales, y les muestra los cielos abiertos con el triunfo de su muerte, y les señala el seguro camino que deben seguir para coronarse de su inefable y eterno esplendor, precediendolos con su exemplo, y dexandoles los medios en sus divinos y sublimes consejos.

Bien fue mi alma ingrata para con él, pues no advirtió que la certidumbre y seguridad que llevaba á la escuela de la eterna Filosofía, las debia á la luz de la Religion misma que alumbró mis ojos desde la cuna. Aquella me enseña á obrar bien, porque asi gozaré de una vida dulce y tranquila en la tierra, conformandome con las leyes de la naturaleza: la Religion me enseña y aconseja á obrar bien, no solo por este fin terreno, sino por el premio de la eterna bienaventuranza que me promete. ¿ Quánto mas sublime y consolante es esta promesa? qué otras leyes mas ciertas y seguras puede tener el mortal que las de la divina justicia? ni qué tranquilidad y consuelo mas puro y firme puede tener el hombre que el que saca del cumplimiento y observancia de aquellas mismas, y del exercicio de la Religion?

Tarde conozco mi desacierto: mas doy lo primero gracias y adoraciones á la infinita bondad de mi Criador, que se dignó alumbrar y convencer á mi alma en esta hora; y por segundo, te pido á tí perdon, hijo mio, si no te propuse por unico exemplar de tu vida y conducta los solos consejos y doctrina de la divina sabiduria. Me consuela no poco haber fortalecido en ella tu creencia, y

el no haberte apartado de sus santas obligaciones. Y como una de ellas es el reconciliar la descarriada conciencia con sus santisimas leyes ofendidas, quiero ante todas cosas cumplir con lo que las mismas prescriben al sincéro arrepentimiento; para que purificada mi alma en sus santos Sacramentos, pueda concebir la dulce esperanza que le avivan las promesas de nuestro divino Redentor Jesu-Christo, y la tierna confianza que su infinita bondad y misericordia quiere que ponga el corazon contrito en los méritos de su dolorosa y adorable pasion, y en la sangre derramada, en los tormentos, y en su muerte santisima.

Diciendo esto Hardyl, entró Taydor con la labradora para presentarle el lardo derretido que pidió él mismo para remediarse; pero no lo quiso tomar, rogando á la labradora que fuese á llamar al cura de la vecina aldea. A Taydor encargó que volviese aquel remedio al hogar; y vuelto el mismo Hardyl á Eusebio, que se deshacia en llanto y sollozos, prosiguió diciendole: esto te sirva, Eusebio, de prueba de la fuerte y viva persuasion á que rendí mis sentimientos, y de consejo el mas eficaz para que mantengas firme tu creencia y fé contra todas las dudas

que pueden hacer brotar en tu corazon las luces adquiridas con las ciencias, ó las razones de aquellos, cuya vana presuncion, sacudiendo de sí la molestia y freno, que pone á sus pasiones la superior grandeza de los mysterios de la Fé, siembran sus escritos de máxîmas dañadas, mientras que no les humilla su desvanecimiento y altaneria la vista de la muerte y de la eternidad.

Mas creeme, Eusebio, que ninguno de ellos puede resistir al terrible poder de que se arma entonces la Religion á los ojos del mortal moribundo: y si entonces una virtuosa vida no les merece la debida y sumisa docilidad á los decretos de la Fé, sus corazones quedan hechos presa de las mas amargas congojas, y de los mas agudos torcedores que los taladran y despedazan. ¿Y qué será, si ciegos, si obstinados en un error, que á tan poca costa pueden detestar, mueren amarrados á la cadena de la rabiosa desesperacion y pertinacia, que por todos lados les aplica sus ardientes teas? qué será, si á ella se sigue una condenacion eterna? ¡O adorable y misericordioso padre de los mortales! Dios eterno y justo! Sabiduria incomprehensible, ante tu divina presencia me anonado penitente: confuso y arrepentido, te pido quieras apia-

darte de mi baxeza y ceguedad, y echar sobre mis contritos sentimientos una mirada de bondad, otorgandoles el perdon que te pido con la mas viva efusion de la confianza que quieres tenga una alma reconocida en tu inmensa misericordia.

El fervor y ternura con que Hardyl pronunció esta corta plegaria, le causó un agudo dolor de pecho, que lo dexó sin fuerzas y sin aliento para proseguirla. Eusebio fuera de sí, creyendo que muriese, le instaba con ardiente cariño que tomase el remedio prevenido; quando entraba el labrador avisandoles, que al tiempo que iba á llamar al Cura, pasaba un Religioso á caballo que venia de S... á quien contó el estado del enfermo, y que se habia ofrecido á consolarlo. Hardyl, oido esto, rogó al labrador que lo acompañase, y á Eusebio le suplicó que hiciese entretanto avisar al Cura para que le traxese el Santisimo Viático. Eusebio, prorumpiendo entonces en mas recio llanto, se sale, y fue él mismo en compañia del labrador á la vecina aldea para satisfacer á los deseos de Hardyl.

Quando llegaron á la choza acompañando al Santisimo, acababa Hardyl de purificar su alma en el Sacramento de la Penitencia: y aunque el Religioso le queria obligar á que

recibiese el Viático en la postura en que se hallaba, no lo pudo recabar, debiendo él mismo, y Eusebio que acudió al ademan, ayudarle á ponerse de rodillas en el suelo. Recibió así el cuerpo del Señor, cayendole hilo á hilo las lágrimas por el rostro, y haciendolas derramar á todos los presentes.

El Cura, que traxo una sola forma, quedó allí en vez del Religioso, que debia proseguir su viage; y luego que Hardyl se repuso sobre la paja, volvió á rogar á su amado Eusebio que se sentase á su lado. Entonces le dixo: ó Eusebio, ¿cómo podré explicarte el sumo consuelo y alborozo que regalan á mi alma en este momento, en que me veo reconciliado con mi Criador y Salvador, y lleno de la suma confianza que aviva en mi pecho su infinita misericordia? ¡Qué aspecto tan diverso toman á mis ójos la muerte y la eternidad! ¡Ah, hijo mio, qué cosa tan dulce y divina es la Religion en estos ultimos instantes! Solo te encomiendo, amado Eusebio, que la conserves pura y sin tacha. Los divinos consejos y doctrina de tu Salvador sean tu sola filosofía, pues ellos santificarán tu vida, y te darán una muerte dulce y envidiable.

Sí, Hardyl, le decia Eusebio con lágri-

mas, no lo dudeis. Vuestras palabras quedan vivamente impresas en mi corazon, y lo penetran. Sosegaos, os ruego, y tomad el remedio, que podrá, tal vez, restablecer vuestra salud. = Sí, hijo mio, hazlo traer, aunque poco ó nada me puede aprovechar, pues el mal, Eusebio, trae á lento paso la muerte. Esta vá á abrir las puertas de la eternidad á mi alma: quiera la infinita piedad y misericordia de mi Criador darle lugar en el seno de su bienaventuranza. ¡ Ah! dexa, amado Eusebio, que antes que llegue el ultimo momento te dé tambien la postrera prueba de la ternura, del amor, de los cuidados. . . ¡ O Dios! ó hijo mio Eus. . . ! = ¡ O mi adorable Hardyl! . . .

El ímpetu del tierno sentimiento con que quiso Hardyl abrazar á Eusebio, le causó un fuerte vómito de sangre con el que espiró. Eusebio, enagenado del dolor y sentimiento de todas las circunstancias de la muerte de su respetable tio, á quien solo entonces reconoció por tal, y sufocado al mismo tiempo de la ternura y quebranto que le acometieron en fuerza del abrazo de Hardyl, cayó desfallecido y sin sentidos sobre la paja, quedando tenazmente abrazado con el cadáver del difunto Hardyl. El Cura que se hallaba presente, y enternecido del coloquio del tio y del sobrino, asustandose de ver el vómito de sangre, y la caída de entrambos sobre la paja, salió de la choza dando voces para llamar ayuda.

Taydor acude pasmado; y pareciendole á primera vista que hubiesen muerto los dos, comenzó á llorar amargamente, y á mesarse el cabello, invocando á su amado señor Don Eusebio; y sin saber lo que se hacia, sale de la choza llamando á voces al cochero que habia quedado con los caballos, como si necesitase de sus fuerzas para remediar á los muertos. El cochero acude, y entrando en la choza con Taydor, ponese á llorar tambien creyendo muerto á su buen amo. El Cura vuelto en sí de su primer susto, fue el primero que hizo la experiencia para ver si habian muerto, tomandoles el pulso, pues Eusebio no daba tampoco señal de vida. Pero reconociendo vital aliento en su pecho quando le aplicó la mano, pidió vinagre para recobrarlo. Traxolo inmediatamente la oficiosa y pasmada labradora, y entregóselo á Taydor, que quiso hacer á su amado señor aquel piadoso oficio, llamandolo con sollozos y lamentos, como si antes con ellos, que con el vinagre debiese restituir la vida á su adorado amo.